

ÍMAC XIOM
SÈLLAV ÉVILO



EL FIN DEL MUNDO

Puesto que la edición de este libro es particular, bajo ningún concepto puede destinarse a la venta

Catalunya, 2021

Ímac Xiom (escritura)
Sèllav Évilo (diseño de la cubierta y maquetación)

El fin del mundo

ÍNDICE

	Página
Introducción	10
<i>De la primera carta de Pablo a los Tesalonicenses</i> (1Te 5,1-6)	
Creencias	16
<i>De la primera carta de Juan</i> (1Jn 4,12)	
<i>De la primera carta de Pablo a los Corintios</i> (1Co 13,12)	
Una incrédula	
Un creyente	
Generaciones	20
<i>Texto de autor anónimo</i>	
Un joven	
Un anciano	
La política y el servicio	24
<i>De la Carta Encíclica Fratelli tutti del papa Francisco</i>	
Un líder político (quemado)	
Un payaso	

El sueño ecuménico	28
<i>Del libro El canto del Pájaro de Anthony de Mello, sj</i>	
Un seglar inquieto	
Un sacerdote temeroso	
Enseñar y aprender	32
<i>Del libro La plegaria de la rana 2 de Anthony de Mello, sj</i>	
Una maestra	
Un discípulo	
La paciencia	36
<i>De la carta de Santiago (Stg 5,7-8)</i>	
Un conductor impaciente	
Un campesino	
La vanidad	40
<i>Del Evangelio según Lucas (Lc 18,9-14)</i>	
Una mujer «virtuosa»	
Una prostituta arrepentida	

La riqueza y la pobreza	44
<i>De la carta de Santiago</i> (Stg 5,1-3)	
<i>Del Evangelio según Mateo</i> (Mt 6,24)	
Un hombre muy rico	
Un home pobre	
Construcciones	48
<i>Del libro del Génesis</i> (Gn 11,1-9)	
Un arquitecto frustrado	
Un «constructor de paz»	
Ni tanto ni tan poco	52
<i>Del Evangelio según Mateo</i> (Mt 17,24-27)	
Un estafador	
Un inspector de Hacienda	
La violencia	56
<i>Fragmentos del discurso de Martin Luther King</i>	
<i>«I have a dream» (Tengo un sueño) del 28 de agosto de 1963</i>	
Un militar de alto rango	
Un soldado raso en el campo de batalla	

Condenas	60
<i>Del Evangelio según Juan</i> (Jn 19,5-6;15-16)	
<i>Dicho de Mahatma Gandhi</i>	
<i>Dicho de Lev Tolstói</i>	
Un condenado a muerte	
Una hija de madre con demencia senil	
La estupidez y el sentido común	64
<i>De la carta de Pablo a los Efesios</i> (Ef 5,15-18)	
Un tonto de capirote	
Un sensato	
El hogar humano	68
<i>Poema del obispo claretiano catalán</i>	
<i>Pere Casaldàliga</i>	
Un irresponsable avergonzado	
Un ecologista perseverante	
Dios está en todas partes	72
<i>De la sabiduría popular</i>	
Un astronauta	
Un entomólogo	

El último adiós	76
<i>Del Evangelio según Mateo (Mt 4,23-24)</i>	
Un enfermo (casi) terminal	
Un médico objetor de conciencia	
Entre la vida y la muerte	80
<i>Relato de la tradición mística oriental</i>	
Una partera	
Una tanatopractor	
El gozo de la esperanza	84
<i>Fragmento del libro La muerte: una aurora de Elisabeth Kübler-Ross</i>	
Uno con mentalidad analítica	
Un cielo abierto para todos	
Epílogo	89

INTRODUCCIÓN

***De la primera carta de Pablo a los Tesalonicenses
(1Te 5,1-6)***

En cuanto al momento y a las circunstancias de tales acontecimientos, no necesitáis, hermanos, que os escriba. Sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá como un ladrón en plena noche. Cuando la gente ande diciendo: «Todo es paz y seguridad», entonces justamente sobrevendrá la destrucción, como los dolores de parto a la mujer encinta, y no podrán librarse.

Pero vosotros, hermanos, no vivís en las tinieblas. Por eso, el día del Señor no debe sorprenderos como si fuera un ladrón. Todos vosotros, en efecto, pertenecéis a la luz y al día, no a las tinieblas o a la noche. Por lo tanto, no estemos dormidos, como están otros; vigilemos y vivamos sobriamente.

Es bien sabido que este mundo tiene fecha de caducidad. Como todos los planetas que forman un sistema con su correspondiente estrella, la Tierra depende del Sol, el cual se ha calculado que tardará unos diez mil millones de años en convertirse en lo que los astrónomos llaman una enana blanca, es decir, que ya habrá experimentado el sobrecalentamiento previo a su extinción gradual, originando el caos y la destrucción de todos los planetas y satélites que giran a su alrededor.

De los diez mil millones de años que han de transcurrir para que lo dicho suceda ya han transcurrido aproximadamente la mitad, y no puede ignorarse que este proceso se ha podido observar en todas las galaxias visibles hasta el momento presente. La Vía Láctea, galaxia a la cual pertenece nuestro sistema solar, no será, por lo tanto, una excepción. Pero este hecho no debe inquietarnos; probablemente no será necesario aguardar tanto tiempo para que el mundo se destruya a sí mismo.

De todas formas, no es este el tema que ahora nos proponemos tratar, sino más bien el modo en que reaccionaría el mundo –sus habitantes– si un cataclismo cósmico estuviese a punto de hacer pedazos este planeta. De hecho, no es absolutamente imposible que un meteorito gigante, cuando menos lo esperemos, aparezca en el firmamento, dirigiéndose directamente hacia nosotros, teniendo en cuenta que no sería la primera vez que esto ocurre y que la trayectoria tanto de los meteoritos como de los asteroides es difícil de precisar, por cuyo motivo el margen de error es muy significativo. Por lo tanto, si la NASA o la Agencia Espacial Europea (ESA) no pudiesen dispararle una carga explosiva para desviarlo y su tamaño fuese lo suficientemente grande, cuando impactase contra la Tierra, causaría irremisiblemente la desaparición de todo signo de vida.

Supongamos que la ONU, tras estudiar juntamente con los representantes de los países más influyentes las repercusiones que podrían derivarse al publicar una noticia tan terrible, decide comunicarlo a todo el mundo a fin de que la gente esté prevenida y cada cual pueda prepararse como mejor lo considere. La colisión se ha calculado que ocurrirá exactamente en el término de una semana.

A partir de este momento nos podemos imaginar la reacción inmediata de una serie de personajes, siempre a título personal, sin pretender insinuar que su pensamiento sea representativo de todo el colectivo al cual pertenecen; incluso, con cierta frecuencia, se exponen actitudes y sentimientos completamente opuestos entre sí –en dos páginas consecutivas– o contemplados desde una perspectiva distinta con el fin de reflejar su divergencia.

Como en otros libros precedentes de esta colección, no es preciso seguir orden alguno en su lectura sino únicamente el que el lector prefiera.

Creencias

De la primera carta de Juan (1Jn 4,12)

Es cierto que jamás alguien ha visto a Dios.

***De la primera carta de Pablo a los Corintios
(1Co 13,12)***

Ahora vemos confusamente, como por medio de un espejo; después veremos cara a cara. Ahora conozco solo de forma limitada, después conoceré del todo, como Dios mismo me conoce.

Una incrédula

No creo en Dios. De todos modos, no cambiará nada por lo que yo crea o deje de creer. Nací y moriré a más tardar dentro de una semana, y entre el nacimiento y la muerte he vivido intensamente atendiendo enfermos como enfermera. Por lo tanto, he convivido con el dolor humano. He tratado en cuerpo –¿y alma?– de cuidar víctimas de un sufrimiento que nunca he comprendido, pero que una fuerza interior me ha impulsado en todo momento a evitar o paliar. Igualmente, además de atender sin hacer distinción alguna, he intentado acompañar y consolar. Y, por supuesto, si Dios ingresase, enfermo, en el hospital en donde trabajo, lo cuidaría como a todo el mundo.

Ahora, a punto de llegar la hora de la verdad, seguramente no me siento ni mejor ni peor del que cree en la trascendencia del más allá. He amado y me he sentido amada –mucho, por cierto– y esto me ha bastado.

Si Dios no existe, no hay nada a hacer. Y si me está esperando con los brazos abiertos pienso, con toda la modestia del mundo, que no me presentaré con las manos totalmente vacías.

Un creyente

Para creer en los fragmentos de las cartas de Juan y de Pedro que nos hablan de la invisibilidad de Dios, ante todo hay que creer en Dios, lo cual no acostumbra a ser fácil –incluso puede resultar imposible–, si no lo sentimos en nuestro interior. Además, jamás entrará en nuestra casa si nos negamos a abrirle la puerta, a pesar de que un día podemos descubrir que ya está dentro sin que nos hayamos percatado. Así de sutil es el Señor para venir a nuestro encuentro. Pero es imprescindible por nuestra parte desearlo fervientemente, pidiéndolo con insistencia y perseverancia, aunque ya en el inicio de este camino de búsqueda podemos afirmar que lo hemos empezado a encontrar.

Ahora bien, si la fe es auténtica, será inevitable que surjan algunas dudas –solo el fanatismo carece de ellas–, debiendo permanecer alertas porque, probablemente, es preferible no creer en Dios que creer en un dios falso. Y tratar de no caer en la tentación de pensar que por el hecho de ser creyentes somos mejores que aquellos que manifiestan lo contrario, porque toda persona, en cualquier lugar, en todo momento, puede sentirse conmovida por la gracia del Señor. Entonces, ante su presencia, solo cabe dar gracias de todo corazón y dejarse seducir por la luz de su amor infinito.

Generaciones

Texto de autor anónimo

Sin saber por qué ni cómo, te hallas ante una montaña, anhelando alcanzar la cima. Empiezas la ascensión a buen ritmo, por lejano que vislumbres el punto más elevado, porque la lejanía no te intimida, teniendo en cuenta la fuerza del deseo y la ilusión (y de tus piernas); quizá sin percatarte de que unos andan bien pertrechados y otros, como quien dice, van casi descalzos.

Y a medida que vas subiendo, aunque sigas por el mismo sendero, cada vez lo percibes más escarpado y difícil de andar y aparecen la fatiga y el dolor. No obstante, la contemplación del paisaje cada vez es más clara y serena. Es entonces cuando se vive la paradoja del transcurso del tiempo: disminuye la velocidad de la ascensión, pero la vida adquiere una velocidad vertiginosa; casi súbitamente, te hallas en la cúspide sin posibilidad alguna de hacer marcha atrás.

En realidad, has llegado al final sin comprender el sentido del principio. Solo resta la esperanza de que realmente haya valido la pena recorrer este camino y, como decía el músico uruguayo L. E. Boudakian, «no llores porque todo haya terminado, sonrío porque ha existido».

Un joven

Jamás me ha seducido la idea de un Dios creador que gobierna cielo y tierra, que ama sin límite alguno y desea lo mejor para todo el mundo. Me hubiese gustado poseer suficiente lucidez para comprender una realidad tan maravillosa y creer en ella. Pero no he sido capaz. Si este Dios todopoderoso realmente existe, espero que pronto me muestre sus argumentos para permitir desastres como el que se anuncia para dentro de una semana. Entretanto, ¿qué puedo hacer? ¿Lamentar la mala suerte que me ha correspondido vivir? ¿Maldecir el final tan absurdo que me aguarda, en el cual nunca había pensado por sentirlo tan lejano?

Adiós a todo lo que es propio de la juventud. ¿De qué me habrá servido prepararme para afrontar la vida si acabo de enterarme que para los jóvenes como yo –y para el resto de mortales– está a punto de terminar todo, como quien dice, antes de empezar? ¿A qué futuro puedo aspirar, siendo como soy una esperanza malograda?

Quizás sí que, a fin de cuentas, todo tendrá sentido, este Dios lo controla todo y yo habré sido el ciego que no ha sabido distinguir qué era superficial y qué trascendente de la vida.

Un anciano

La aventura terrícola está a punto de terminar. Ya es inminente el instante en que habré de pedir perdón a Dios por los errores cometidos y, sobre todo, por las faltas de omisión. En cualquier caso, nadie podrá quitarme lo poco que haya podido hacer ni darme aquello que no haya hecho.

Cuanto más he vivido más incomprensible me ha resultado la vida; he visto luces y sombras, y ahora que sé que voy a morir pronto es cuando vivo más intensamente. Lamento como nunca las horas, los días y los años desperdiciados, sin percatarme de lo raudo que transcurría el tiempo. Es increíble que la vejez me haya sorprendido casi por sorpresa: tengo ante mí todos los anhelos que ya no podré cumplir. De joven pensaba que me había de «comer el mundo», y el mundo se me ha comido a mí. Soñaba con perfeccionar la humanidad y me olvidé de perfeccionarme, ante todo, a mí mismo. He tardado demasiado en descubrir el principio espiritual de la vida, aunque tal vez sin haber podido llevar a cabo ninguna gran obra, la suma de algunas de pequeñas también tendrá algún valor. Ignoro si todo habrá valido la pena... Soy como el hijo pródigo que regresa a casa del Padre, y que no puede hacer otra cosa salvo confiar en su misericordia.

La política y el servicio

De la Carta Encíclica Fratelli Tutti del papa Francisco

Las preocupaciones más importantes de un político no deberían ser las causadas por un descenso en las encuestas, sino por no resolver efectivamente el fenómeno de la exclusión social y económica, así como sus tristes consecuencias, tales como el tráfico de seres humanos, comercio de órganos y tejidos humanos, explotación sexual de niños y niñas, trabajo esclavo, incluyendo la prostitución, el tráfico de drogas y armas, el terrorismo y el crimen internacional organizado. Es tal la magnitud de estas situaciones y tan elevado el número de vidas inocentes que perjudican, que hemos de evitar toda tentación de caer en un nominalismo declaracionista con efecto tranquilizador de las conciencias. Hemos de prestar atención para que nuestras instituciones sean realmente efectivas en la lucha contra todos estos flagelos. Esto puede lograrse aprovechando con inteligencia los grandes recursos del desarrollo tecnológico.

Un líder político (quemado)

Bien, ¿y ahora qué? ¿De qué me habrán servido todos los esfuerzos llevados a cabo para llegar a la cumbre del poder? Aunque, bien pensado, por fin podré dejar de hacer comedia, leyendo los discursos de bla-bla-bla, llenos de nada, ni tendré que mostrar constantemente un repertorio de sonrisas hipócritas que vistan de simpatía mi imagen o simular que adoro a los niños, ni será necesario que siga haciendo falsas promesas que yo soy el primero en saber que jamás podrán cumplirse.

Se terminaron los mítines ridículos para descalificar, sea como sea, a los adversarios, así como tener que soportar los ataques constantes de la oposición, atenta en todo momento a criticarme diga lo que diga. Adiós a las encuestas, a los pronósticos y al carnaval y la pantomima de las papeletas, las urnas y las elecciones. Y, a continuación, asistir a las coaliciones absurdas de los partidos al objeto de poder gobernar –es un decir–. A mí, ahora, me da igual quien gane; lo único que lamento es que no haya sido capaz de ser un servidor. Y no creo que a los ángeles les guste votar. Ya lo decía Charles de Gaulle: «He llegado a la conclusión de que la política es un asunto demasiado serio para que se ocupen de ella los políticos»... ¡Venga ya, hombre! Ya está bien de hacer el payaso.

Un payaso

El final se aproxima. Dicen que casi ni nos daremos cuenta. Oiremos un gran estrépito y todo se habrá terminado. ¿Cómo es posible que, a pesar de todo, en lugar de un temor insoportable, sienta una gran paz?

Tras haber sido el payaso de un circo durante más de veinte años y escuchar las risas de los niños y niñas y observar las sonrisas de los adultos, creí que todo el mundo tenía derecho a gozar de un rato de alegría. Fue entonces cuando decidí acudir como voluntario a lugares donde se estuviera desarrollando una guerra y actuar exactamente a ambos lados de la contienda bélica. Puedo afirmar, sin ningún género de dudas, que en medio de los episodios de violencia y de tristeza que he presenciado, he sido bien recibido en todos los frentes y que todos los niños ríen igual y que todos los adultos sonríen del mismo modo. Y, a pesar de mis atuendos extravagantes y las situaciones grotescas que me inventaba, jamás hice el ridículo y siempre he sido respetado.

Ahora, cuando creo que el Señor me aguarda con los brazos abiertos, ignoro si a los ángeles también les gustarán mis chistes. Por si acaso, entretanto, no dejaré de ensayar durante la semana que aun me resta...

El sueño ecuménico

Del libro El canto del pájaro de Anthony de Mello, sj

Mi amigo y yo fuimos a la Feria Mundial de las Religiones. Esta feria no era una feria comercial, pero la competencia era feroz y la propaganda, ruidosa. Los prospectos de la mesa judía decían que Dios se compadecía de todos y que los judíos eran su pueblo escogido. Ningún otro pueblo era tan escogido como ellos. En la mesa musulmana supimos que Dios era misericordioso con todo el mundo y que Mahoma era su único profeta. Que la salvación se alcanza escuchando al profeta de Dios. El mensaje de la mesa cristiana era: Dios es Amor y no hay salvación fuera de la Iglesia. Si no estás dentro de la Iglesia corres el peligro de la condena eterna.

Al salir pregunté a mi amigo qué opinaba respecto a Dios.

«Que es intolerante, fanático y cruel», me respondió.

Cuando llegué a mi casa le dije a Dios: «¿Cómo puedes soportar estas cosas, Señor? ¿No ves lo mal que han estado usando tu nombre durante siglos?» Y Dios me contestó: «Yo no organicé la feria. E incluso me hubiera avergonzado visitarla».

Un seglar inquieto

Parece mentira que, en este mundo, siendo todos como somos peregrinos con un mismo destino, aunque sea por sendas distintas, no hayamos sido capaces de ponernos de acuerdo. ¿Por qué razón no ha resultado ser más que un sueño utópico el deseo de unir todas las Iglesias que rezan el mismo Credo y oran al mismo Dios? ¿Por qué hasta el presente, entre creyentes y no creyentes no se ha establecido un diálogo fructífero en el cual todos hayan podido aportar su parecer basado en argumentos sólidos, pero, ante todo, respetuosos con la opinión ajena?

Ahora, cuando ya no existe futuro, ha llegado el momento de reconocer el tiempo perdido, las oportunidades desaprovechadas por los que quizás podíamos aportar algo y no lo hemos hecho por pereza, o para evitar ser acusados de intrusos por aquéllos que se auto atribuían la exclusividad en creencias o no creencias.

Aunque solo sea por una semana, ojalá que la Iglesia no tenga suficiente con acoger, sino que salga al exterior, lejos de templos y sacristías, derribando muros si es necesario, para ofrecer, finalmente, un mensaje de unidad y reconciliación a todas las personas de buena voluntad.

Un sacerdote temeroso

Estoy sorprendido por la cantidad de gente que no se acercaba a un confesionario desde que hizo la primera comunión y ahora hace cola para confesarse y pedir perdón por sus pecados. Multitud de personas han llevado a cabo un verdadero examen de conciencia, lo cual me ha recordado que yo hacía demasiado tiempo que no lo hacía. Y al tratar de hacerlo ha sido cuando me he percatado de mis errores y el vacío de mis palabras. Jamás he soñado en ser obispo, pero con demasiada frecuencia he creído estar por encima de según quién, a causa del grado de ilustración de mi fe: ¡pura teoría!

He amado a Dios y lo amo de todo corazón, pero sintiéndolo siempre muy lejano –en el cielo– sin darme cuenta que lo tenía a mi lado. Él era aquél que se sentía solo, enfermo o triste, el que quería compartir sus sentimientos y pedía comprensión; el que estaba carente de afecto. No he sabido acoger al que sufría hambre y sed de ser acompañado en su soledad.

Dios mío, si aun estoy a tiempo, os pido perdón y ayuda para rectificar en lo posible el camino tan torcido que he seguido hasta hoy.

Enseñar y aprender

Del libro La plegaria de la rana 2 de Anthony de Mello, sj

Un hombre que acababa de jubilarse, tras cuarenta y siete años de trabajo como periodista y director de un diario, telefoneó a la Junta local de Educación y, después de explicar sus antecedentes periodísticos y detallar su extenso currículum, manifestó su deseo de participar en una campaña de alfabetización.

Hubo una pausa prolongada y, por fin, la persona que se hallaba al otro lado del hilo respondió: «Es una idea estupenda. Pero dígame: ¿usted qué desea, enseñar o aprender?».

- 0 0 0 -

Sócrates, estando en prisión, aguardando a ser ejecutado, un día oyó como otro prisionero cantaba una difícil y poco conocida canción del poeta Estesícor. Sócrates pidió a su compañero que le enseñase aquella canción.

«¿Para qué?», le preguntó el otro.

«Para que pueda morir sabiendo una cosa más», fue la respuesta del gran filósofo.

Una maestra

Siempre he creído que enseñar equivalía a educar y que la verdadera educación solo se puede ejercer basándose en la estimación. Ha sido así como he tratado de desenvolverme a lo largo de los años. En cualquier caso, en todo momento me ha guiado el deseo de llevarlo a cabo de la mejor forma posible, convencida de que la auténtica pedagogía es un servicio. No puede negarse que la enseñanza, con el transcurrir del tiempo, ha ido experimentando una transformación basada en la tecnología. Pero pienso que, al margen de este hecho, los valores personales que transmite un buen maestro siempre prevalecen.

He intentado evitar impartir una información excesiva a mis alumnos, la mayor parte de la cual acaba por olvidarse, por su escasa utilidad; al contrario, he tratado de capacitarlos para que, por sí mismos, descubriesen aquello que realmente les sería útil. Es por ello que, a menudo, me ha parecido estar sembrando semillas para que crecieran árboles de los cuales yo no vería el fruto, aunque, muy probablemente, más de uno de estos árboles imaginarios ofrecerá sombra y cobijo. Al fin y al cabo, también yo he gozado de lo que otras personas hicieron posible con su esfuerzo. Y no resulta tan difícil ser mínimamente agradecida.

Un discípulo

A lo largo de mi vida he tenido excelentes maestras y maestros. Algunos –pocos– no tan buenos. Pero creo que tanto a unos como a otros les guiaba el deseo de formar a sus alumnos. Y ello siempre es de agradecer.

De todos modos, es inevitable guardar recuerdos y vivencias de todo tipo, entre los cuales no puedo olvidar los maestros que, además de una labor pedagógica encomiable, llevaron a cabo una acción educativa impagable: su esfuerzo generoso, su constancia y, por encima de todo, su estima que hizo que me sintiera protagonista de mi vida; descubrí que tenía alas y que era capaz de volar, me ayudaron a crecer, me hicieron sentir que yo era una promesa de futuro y que tenía todo el derecho de equivocarme y de rectificar. La enseñanza recibida ha ido mucho más allá de las cuatro paredes de la escuela y ha desempeñado un papel decisivo en mi vida, tanto en el ámbito personal como en el familiar y social.

De los escasos hechos negativos que recuerdo, ¿qué sentido tendría sacarlos a coalición ahora, con lo que nos espera dentro de siete días?

La paciencia

De la carta de Santiago (Stg 5,7-8)

Por vuestra parte, hermanos, esperad con paciencia la venida gloriosa del Señor. Como espera el labrador el fruto precioso de la tierra, aguardando pacientemente que lleguen las [lluvias] de otoño y primavera, así vosotros tened paciencia y buen ánimo, porque está próxima la venida gloriosa del Señor.

Un conductor impaciente

He aquí que he vivido creyendo que yo era, ni más ni menos, «el rey de la carretera», circulando siempre a toda velocidad, avanzando a todo lo «avanzable», a fin de llegar unos minutos antes a mi destino, pero, sobre todo, por el placer de demostrar que yo era el más veloz y el más hábil. Debía convencer a todo el mundo que mi coche era el mejor y que yo era el mejor conductor, y hacerlo aprisa, aprisa... He vivido toda mi vida «a cien por hora», como quien dice sin levantar nunca el pie del acelerador, queriendo ser en todo momento el primero en todo. Y en estos instantes en que se aproxima el fin del trayecto, querría desesperadamente ser el último, pero ya no hay tiempo.

Ahora que estoy a punto de irme al otro barrio por la vía directa y sin posibilidad alguna de pisar el freno, me percató de lo imprudente de mi conducta. Reconozco que mi impaciencia ha sido una locura. He puesto en peligro, no solamente mi vida, sino la de otras muchas personas mientras disfrutaba desafiándolas sobre cuatro ruedas. Mi agresividad y mi impaciencia han causado, sin lugar a dudas, no pocos sobresaltos. ¡Qué insensato que he sido!

Un campesino

Soy hijo y nieto de campesinos. Durante tres generaciones, juntamente con mi familia, he cultivado la tierra, la cual en ocasiones se ha mostrado generosa y, a veces, más bien avara a la hora de compensar mi esfuerzo y mi paciencia. Y este ha sido el día a día de mi vida. Ahora, que está a punto de acabarse, no puedo evitar hacer un balance, y pienso que nuestra labor –la de los campesinos– no ha estado nunca suficientemente valorada por mucha gente. Pero ya no hay tiempo para lamentos, a pesar de que este año no habrá cosecha. Todos los campos arados será como si sufriesen la peor de las granizadas, las semillas sembradas nunca más fructificarán. Todo el trabajo habrá sido en vano. Este verano la lluvia no hará germinar el trigo, los árboles no darán fruto y las flores no vestirán los prados.

Casi cada día he levantado la mirada al cielo, para saber si la jornada de trabajo anunciaba sol, lluvia o granizo. Ahora pronto lo volveré a hacer por última vez, en esta ocasión para pedir a Dios que nos acoja a todos y nos dé cobijo en su Reino, porque *el Señor es compasivo y misericordioso, y hace salir el sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos y pecadores.*

La vanidad

Del Evangelio según Lucas (Lc 18,9-14)

A unos que alardeaban de su propia rectitud y despreciaban a todos los demás, Jesús les contó esta parábola:

En cierta ocasión, dos hombres fueron al Templo a orar. Uno de ellos era un fariseo, y el otro un recaudador de impuestos. El fariseo, plantado en primera fila, oraba en su interior de esta manera: «¡Oh Dios! Te doy gracias porque yo no soy como los demás: ladrones, malvados y adúlteros. Tampoco soy como ese recaudador de impuestos. Ayuno dos veces por semana y pago al Templo la décima parte de todas mis ganancias». En cambio, el recaudador de impuestos, que se mantenía a distancia, ni siquiera se atrevía a levantar la vista del suelo, sino que se golpeaba el pecho y decía: «¡Oh Dios! Ten compasión de mí, que soy pecador». Os digo que este recaudador de impuestos volvió a casa con sus pecados perdonados; el fariseo, en cambio, no. Porque Dios humillará a quien se ensalce a sí mismo; pero ensalzará a quien se humille a sí mismo.

Una mujer «virtuosa»

Al acercarse la hora decisiva, quizá sea el momento de hacer balance de lo que ha sido mi vida.

Habiendo nacido en un hogar acomodado, desde un principio recibí una educación podríamos decir «como Dios manda». Esposa y madre de familia, siempre he sido fiel a mi marido y he educado a mis hijos bajo una estricta moralidad, respetando en todo momento las buenas costumbres (en realidad, no siempre con resultados aceptables). Nunca he robado a nadie –que yo sepa– ni he criticado en exceso, como hacen otras personas. Y tampoco he mentado más allá de lo estrictamente necesario. Asisto a misa asiduamente (no como los que autocalificándose de católicos solo van a la iglesia para bautizar a los hijos, más tarde al hacer la primera comunión y para pedir la extrema unción o una misa de difuntos al fallecer los padres); hago limosna puntualmente (o sea, no retengo nada de lo que me sobra...) y oro diariamente por la paz en el mundo, si bien es posible que a menudo lo haga con prisas.

Espero que Dios tenga en cuenta mis méritos, aunque, desconozco exactamente el motivo, pero no estoy totalmente tranquila...

Una prostituta arrepentida

He oído decir que un tal Jesús de Nazaret, hace más de dos mil años, en tierras de Oriente, perdonaba a las mujeres pecadoras que, como yo, se arrepentían del tipo de vida que habían mantenido. Las perdonaba y se compadecía de ellas. Y también que, en cierta ocasión, en el templo de Jerusalén, censuró a los grandes sacerdotes y maestros de la Ley diciéndoles: *Os aseguro que los recaudadores de impuestos y las prostitutas van a entrar en el reino de Dios antes que vosotros.*

He sido madre soltera, pero nunca me he vendido para obtener lujo o poder, sino solo para sobrevivir yo y mis hijos. Y cada vez que he pecado he derramado interiormente lágrimas de dolor. Ahora, cuando el final está cercano, reconozco que hubiera deseado vivir otra vida y no haber tenido que sufrir vergüenza, miedo y asco, pero, ante todo, tristeza y soledad. He soportado multitud de humillaciones; muy de vez en cuando, algo de respeto. ¿Por qué razón el mundo no es más comprensivo con las personas que, como yo, se han visto obligadas a hacer lo que hemos hecho?

Ojalá, pronto, también yo encuentre a este Jesús de Nazaret, para poderle besar los pies y suplicarle que se apiade de mí.

La riqueza y la pobreza

De la carta de Santiago (Stg 5,1-3)

Vosotros, los ricos, llorad y gemid a la vista de las calamidades que se os van a echar encima. Vuestra riqueza está podrida; vuestros vestidos están apolillados. Hasta vuestro oro y vuestra plata están siendo presa de la herrumbre, que testimoniará contra vosotros y devorará vuestros cuerpos como fuego. ¿Para qué amontonáis riquezas ahora que el tiempo se acaba?

Del Evangelio según Mateo (Mt 6,24)

Nadie puede servir a dos amos al mismo tiempo, porque aborrecerá al uno y apreciará al otro; será fiel al uno y del otro no hará caso. No podéis servir al mismo tiempo a Dios y al dinero.

Un hombre muy rico

¡Qué equivocadamente que he vivido! He sido esclavo del imperio del dinero. He aprendido, demasiado tarde, que todo aquello que a mí me sobraba se lo estaba quitando a alguien, y ahora ya no estoy a tiempo de rectificar los errores cometidos. Realmente, la riqueza ha sido mi señor; he caído en su engaño y nunca me ha parecido poseer suficiente. Los cínicos dicen que el único problema que puede generar el dinero es su carencia, pero confieso que, para alcanzar una fortuna, a menudo he transitado por la frontera que separa la honestidad del delito –¡qué difícil que es ser muy rico y honrado al mismo tiempo!– y qué razón tenía el filósofo chino Lao-Tse (s. VI-V aC), fundador del taoísmo, cuando decía que los honestos nunca son ricos y que los ricos no son nunca honestos.

He vivido en un mundo en el cual ser adinerado significaba tener poder y prestigio, esto es innegable, aunque, mientras tanto, había gente que moría literalmente de hambre. Y a pesar de haber hecho algún donativo, siempre ha sido con lo que me sobraba o para evadir impuestos. Dentro de una semana no podré llevar conmigo ni un solo céntimo, ni creo que «allá» lo pudiese ingresar en algún banco a un buen interés. Lo perderé absolutamente todo. Que Dios se apiade de mí.

Un hombre pobre

He trabajado muchos años como minero y a menudo me he preguntado donde estaba Dios en la mina, mientras yo, y otros desventurados como yo, pasábamos media vida dentro de un agujero, arañando las entrañas de la tierra para poder malvivir, mientras que los dueños lo hacían lujosamente, sin tener que ensuciarse las manos ni acabar sus días enfermos y pobres. Esto no es justo. Esta desigualdad de la vida entre las personas no debería existir. ¿Acaso no somos todos hermanos, hijos de un mismo Padre?

La vida me ha demostrado que tan mala es la opulencia como la miseria, y que la mejor medida consiste en la moderación. Ya decía Sócrates, que aquel que aprende a necesitar poco no precisa nada más. De todas formas no niego que en alguna ocasión he deseado poseer una situación económica menos precaria. Puede decirse que, a veces, he comido las migajas que despreciaban los ricos y que mi austeridad ha sido inevitable, pero no lo lamento, porque comprendí a tiempo que cuanto más se acumula más se pierde, y más vacío queda el corazón. Ahora, que todo está próximo a terminarse, no perderé nada: solo la vida. Partiré ligero de equipaje. Y doy gracias a Dios por ello.

Construcciones

Del libro del Génesis (Gn 11,1-9)

El mundo entero hablaba una misma lengua y usaba las mismas palabras. Y sucedió que al emigrar desde oriente, los hombres encontraron una llanura en la región de Senaar y allí se asentaron. Entonces se dijeron unos a otros: «Vamos a hacer ladrillos y a cocerlos al fuego».

(Así fue como usaron ladrillos en lugar de piedra, y alquitrán en lugar de mortero). Y siguieron diciendo: «Vamos a edificar una ciudad y una torre que llegue hasta el cielo, para hacernos famosos y para no dispersarnos por toda la tierra».

El Señor bajó a ver la ciudad y la torre que los seres humanos estaban construyendo y pensó: «Si esto es solo el comienzo de su actividad, nada de lo que se propongan hacer les resultará imposible, mientras formen un solo pueblo y tengan una misma lengua. Será mejor que bajemos a confundir su lengua para que no se entiendan entre ellos mismos». Y así fue como el Señor los dispersó desde aquel lugar por toda la superficie de la tierra, y dejaron de construir la ciudad. Por eso aquella ciudad se llamó Babel porque allí confundió el Señor la lengua de todos los habitantes de la tierra y los dispersó por todo el mundo.

Un arquitecto frustrado

No pretendo hacer un análisis de cada uno de los monumentos más destacados que han conseguido sobrevivir al paso del tiempo en todo el mundo. No trato, por ejemplo, cuando contemplo la Estatua de la Libertad en Nueva York, de manifestar mis dudas respecto a la libertad que han gozado los centenares de miles de africanos que, no hace tanto tiempo, fueron secuestrados y privados de todo tipo de libertad para ir a regar con sudor y lágrimas los campos de algodón de Alabama, en régimen de la más cruel esclavitud. Tampoco intentaré censurar la triste realidad de la existencia de la Gran Muralla China, con sus más de veintiún mil kilómetros de longitud, una obra espectacular que empezó a construirse entre los siglos III y IV aC para protegerse de los ataques de las tribus mongólicas y turcas, considerada, asimismo, como el mayor cementerio del planeta, por las tumbas que contiene de los obreros que iban muriendo durante su construcción. No olvidaré, naturalmente, las pirámides de Egipto, absurdas sepulturas gigantescas de los faraones, adorados como dioses terrenales (?) que dentro de siete días quedarán reducidas a polvo. He aquí lo que aguarda a todas estas y muchas más fantásticas construcciones: la nada; todo habrá sido en vano.

Un «constructor de paz»

Para ser un buen constructor no hace falta, necesariamente, moverse entre planos, vigas, ladrillos y cemento. Existen muchas otras formas de construir. Y pienso que una de las más importantes quizás sea «construir paz» (*Felices los que trabajan a favor de la paz, porque Dios los llamará hijos suyos, Mt 5,9*).

Creo que la verdadera paz nace en el interior de uno mismo, para extenderse acto seguido a la familia, los amigos, los vecinos, los compañeros de trabajo y al país, todo ello para conseguir –dentro de las posibilidades de cada cual– la paz universal, para alcanzar una sociedad más solidaria, más comprensiva y más tolerante. Solo de esta forma habrá podido alguien ser un auténtico «artesano de la paz», capaz de entender que, aunque con nombres distintos, únicamente existe un solo Padre que nos ama a todos y que desea que seamos hermanos todas las personas de buena voluntad.

Cuando el final está ya tan cercano, me consuela y me tranquiliza estar convencido de que el pensamiento, la actitud o la acción para «construir paz» no habrá sido en vano.

Ni tanto ni tan poco

Del Evangelio según Mateo (Mt 17,24-27)

Cuando llegaron a Cafarnaún [Jesús y sus discípulos], se dirigieron a Pedro los encargados de recaudar los impuestos del Templo y le preguntaron:

- ¿No paga vuestro Maestro el impuesto del Templo?*

Pedro les contestó:

- Sin duda que sí.*

Más tarde, al llegar Pedro a casa, Jesús lo abordó, diciéndole:

- Simón, ¿qué te parece? Los reyes de este mundo, ¿de quiénes perciben impuestos y tributos? ¿De sus propios súbditos o de los extranjeros?*

Pedro contestó:

- De los extranjeros.*

Y Jesús añadió:

- Por tanto, los súbditos están exentos. Pero, en fin, para que nadie se ofenda, acércate al lago y echa el anzuelo al agua. En la boca del primer pez que pesques encontrarás la moneda precisa. Pácales con ella el impuesto por ti y por mí.*

Un estafador

¿Cómo es posible, esto que me acaban de comunicar? Yo, un agente de bolsa –un *trader* de primera–, especializado en inversiones de productos de alto riesgo a corto plazo, tras haber captado la confianza y el dinero de unos cuantos centenares de inversores ingenuos por dar crédito al formidable interés que les prometía y, a continuación, haber desaparecido sin despertar sospecha alguna, ¿ahora resulta que no podré disfrutar de las maravillosas playas y muchas más cosas hermosas del país al cual me he trasladado? ¡Qué injusticia!

Por otra parte, yo no soy ningún criminal, ni ningún terrorista. Hasta el presente he cumplido puntualmente mis obligaciones familiares, e incluso algunas veces he asistido a misa (bueno, en realidad, no muchas). Y nunca he tenido enemigos, excepto la persecución recaudatoria de Hacienda y de las reclamaciones y reproches de los «clientes» que han confiado en mí; que le vamos a hacer... ¿Qué quizás es un pecado tan grave el que he cometido que Dios no me lo podrá perdonar? ¡Y ahora me dicen que todo se va al carajo la próxima semana! ¡Menudo trabajo se me presenta –supongo– para conseguir que los ángeles sean unos buenos inversores! ¡No hay derecho, hombre, no hay derecho! ¡Esto es una estafa como una catedral!

Un inspector de Hacienda

Dad al emperador lo que es del emperador, y a Dios lo que es de Dios. Esta respuesta que Jesús dio a los fariseos a la pregunta que le plantearon, tratando de sorprenderle alguna palabra comprometedora, ha sido siempre el lema que ha guiado mi vida profesional y al cual he intentado ser fiel en todo momento.

Poca broma, pues, con la obligación de pagar impuestos, tanto en el ámbito profesional como en el privado, porque nada hay más serio que vivir de acuerdo con los dictados de la ley, y ahora, más que nunca, teniendo en cuenta lo que se aproxima, es imprescindible dejar en orden todos los asuntos administrativos. Yo, personalmente, ya he actualizado mi testamento porque, en el término de una semana, nunca se sabe lo que puede suceder.

Hay que seguir vigilando que nadie haga trampa ni aun por cinco céntimos, y –teniendo en cuenta las circunstancias– sancionar debidamente y sin dilación a todos los defraudadores, rechazando el trámite de cualquier recurso que pueda evitar o retardar el cumplimiento de todo requerimiento. Quien la hace, la paga; al menos, aquí. En el más allá, ya lo veremos...

La violencia

***Fragmentos del discurso de Martin Luther King
«I have a dream» (Yo tengo un sueño) del 28 de agosto
de 1963***

No saciemos nuestra sed de libertad tomando de la copa de la amargura y el odio. Siempre debemos conducir nuestra lucha en el elevado plano de la dignidad y la disciplina. No debemos permitir que nuestra protesta creativa degenera en violencia física. Una y otra vez debemos elevarnos a las majestuosas alturas de la resistencia a la fuerza física con la fuerza del alma.

Tengo el sueño que los hombres, un día, se levantarán y comprenderán de una vez por todas que han sido creados para vivir juntos como hermanos.

Tengo el sueño que, un día, no habrá más guerras, que los hombres rechazarán las espadas, y que las naciones nunca más se levantarán una contra otra y que dejarán de pelearse entre sí.

Tengo el sueño también que, un día, se sentarán juntos el cordero y el león, que los hombres podrán descansar bajo la parra y la higuera, y que nadie volverá nunca más a tener miedo.

Un militar de alto rango

¿Cómo es posible esta noticia que me acaban de comunicar?

¿Cómo puede ser que un pedrusco de procedencia desconocida sea superior a todo el poder armamentístico que el ejército ha sido capaz de desplegar? ¿De qué sirven todos los misiles, portaaviones, bombas atómicas, tanques y armas químicas y biológicas que tenemos a nuestra disposición? ¿Y qué vamos a hacer ahora con todo ello?

Por lo que a mí respecta, por supuesto que, cuando llegue el momento, voy a cuadrarme ante Dios, poniéndome incondicionalmente a sus órdenes. Pero me pregunto qué aspecto tendré sin vestir el uniforme reglamentario ni poder lucir las medallas al mérito militar con las que he sido condecorado a lo largo de mi carrera. Espero que, en este caso, infringir las normas establecidas no me ocasionen ninguna sanción disciplinaria y, aun menos, que sea a perpetuidad.

Por otra parte, ¿cómo podré acreditar mi condición de oficial de alto rango?; ¿cuál será la mejor estrategia a seguir una vez esté «allí». ¿Y cuál será mi nueva destinación dentro de una semana?

Un soldado raso en el campo de batalla

Dicen que esto que se aproxima es un meteorito y, como es lógico, la gente está horrorizada. Pues yo ya hace mucho tiempo que convivo con posibles meteoritos, en forma de misil o de bomba que pueden caerme encima en cualquier momento. Pero es la guerra.

¿Acaso puede existir algo más absurdo que yo deba apretar el gatillo de mi fusil contra alguien a quien no conozco ni sé quien es, solo porque viste un uniforme de distinto color al mío y que, además, deba convertirme en cómplice forzado de políticos corruptos al servicio de los magnates del petróleo, criminales de corbata y camisa blanca o turbantes, *bishts* y babuchas, solo porque ellos lo han decidido, o deba obedecer a un oficial superior porque en caso de negarme seré juzgado como desertor y considerado un cobarde que no ama ni a su patria ni a su bandera? ¿Qué me cuentan a mí de patrias y banderas –por cierto, todas manchadas de pólvora y de sangre–? Mi patria es el lugar donde pueda trabajar, formar una familia y vivir y convivir en paz con mis vecinos. Aquí, ahora, para sobrevivir, he de matar. ¡Qué aberración! Dentro de una semana, cuando todo termine, me pregunto quienes habrán sido los vencedores y quienes los vencidos de todas las guerras. Y la respuesta será obvia: todos las habrán perdido.

Condenas

Del Evangelio según Juan (Jn 19,5-6;15-16)

Salió, pues, Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Pilato les dijo:

– ¡Este es el hombre! [La humanidad de Jesús se muestra aquí con toda su desnudez. La encarnación llega a su última etapa: la muerte].

Al ver a Jesús, los jefes de los sacerdotes y sus esbirros comenzaron a gritar:

– ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

Pilato insistió:

– Tomadlo vosotros y crucificadlo; yo no encuentro delito alguno en él.

Dicho de Mahatma Gandhi

El hombre no tiene el poder de crear la vida. Por lo tanto, tampoco tiene derecho a destruirla.

Dicho de Lev Tolstói

Un hombre solo no tiene derecho alguno a disponer de la vida de muchos hombres, ni muchos hombres tienen derecho a disponer de la vida de un solo hombre.

Un condenado a muerte

Ahora sí, esto se acaba, y aquéllos que pretendían hacer justicia castigando la brutalidad del crimen que yo cometí, con un acto tanto o más brutal, utilizando, según ellos, medios «humanizados», van a acompañarme en el corredor de la muerte durante siete días. Por mi parte, yo ya hace más de siete años que me hallo en este corredor. A partir de este momento mis futuros verdugos serán mis compañeros de viaje. Ahora sentirán lo que yo he sentido a lo largo de todo este tiempo, y se percatarán de lo inhumana que es la pena capital en todos los casos, por muy horrible que haya sido el crimen cometido. La aberración de la pena de muerte consiste en ejecutar en lugar de corregir. Ciertamente, yo he sido un asesino, pero no lo son menos los fabricantes de armas, los traficantes de drogas o los mercaderes de personas.

A causa de los numerosos aplazamientos del punto y final que ya tenía sentenciado desde hacía tiempo, he vivido contando los días, las horas y, como quien dice, los minutos que me restaban de vida. ¿Qué ocurrirá ahora con las ejecuciones programadas para antes de una semana?, porque hay funcionarios capaces de llevar a término, de todas todas, aquello que ya estaba previsto con anterioridad; «la ley es la ley», aunque no todas las leyes sean justas.

Una hija de madre con demencia senil

Esto es el fin. Y no sé si lamentarlo o agradecerse a Dios. Hoy, como cada día, iré a ver a mi madre a la residencia. Ya hace dos años que ingresó en ella porque en casa no podía estar bien atendida. Y hoy, también como cada día, a mí, su hija, me preguntará si he visto a su hija. Y cuando le responda que sí, que la he visto y que está bien, me encargará que le dé muchos recuerdos.

Hay ocasiones en que no puedo evitar preguntarme qué sentido tiene actualmente su vida. Y, acto seguido, pienso que, teniendo en cuenta su estado, Dios ha puesto a mi alcance la posibilidad de amar mucho a una persona tan necesitada de atención: abrazarla, tomar su mano afectuosamente, besar sus mejillas son pequeñas muestras de afecto que hacen que aun se sienta viva y le proporcionen la dignidad a la que todo ser humano tiene derecho hasta el último suspiro. Pero, al momento de irme, no puedo decirle «hasta mañana, mamá», porque su respuesta es una sonrisa y una mirada de profunda incompreensión. Ha perdido la noción del tiempo, de las personas y de sí misma. A mi madre es como si ya le hubiese caído un meteorito encima; y a mí, casi también. Pero la he podido cuidar y ella debe haberse sentido cuidada. Todo habrá valido la pena.

La estupidez y el sentido común

De la carta de Pablo a los Efesios (Ef 5,15-18)

Estad, pues, muy atentos a la manera que tenéis de comportaros, no como necios, sino como inteligentes. Y aprovechad cualquier oportunidad, pues corren tiempos malos [esta expresión puede referirse tanto a la época en que fue escrita la carta como a cualquier época posterior, incluso la nuestra]. Así que no seáis irreflexivos; al contrario, tratad de descubrir cuál es la voluntad de Dios. Y no os emborrachéis, pues el vino conduce al libertinaje; llenaos, más bien, del Espíritu.

Un tonto de capirote

¿Malas noticias? ¿Buenas noticias? Si dentro de una semana todo se acaba, esto significa que estoy a punto de librarme de una serie de compromisos que me tenían realmente angustiados. He aquí que ya no he de preocuparme por lo que aun debo de la hipoteca, o si la empresa donde trabajo quebrará pronto, o si mis hijos van por buen o por mal camino, o si la próxima semana hará frío o calor.

Incluso puedo olvidarme de asuntos mucho menos importantes, como, por ejemplo, la visita al dentista que tenía pendiente, o tener que soportar la falta de consideración de algunos vecinos que igual les da molestar a todo el vecindario con el ruido que arman a según qué horas de la noche. Tampoco será necesario volver a estudiar inglés por enésima vez, ni ir al gimnasio o hacer dieta para adelgazar, ni esforzarme para dejar de fumar, ni estar atento a la moda de la próxima primavera, ni qué equipo de fútbol será campeón esta temporada, ni hacer propósitos de año nuevo, mil veces repetidos y nunca cumplidos, ni ir al notario para hacer testamento. ¡Aleluya! Por fin podré vivir de verdad, ni que sea solamente una semana. ¿Dios?..., y yo qué sé.

Un sensato

¿Qué puedo hacer los próximos siete días, antes del punto y final inevitable que se nos anuncia? Pues, ahora que conozco el tiempo máximo que me resta de vida, intentaré vivir tan intensamente como sea posible: lo aprovecharé para decirle a mi esposa que he sido feliz todos los años que he compartido con ella, a pesar de que no le haya manifestado muchas veces mi amor; a mis hijos también les confesaré que lamento no haberles dedicado más tiempo, demasiado inmerso como he estado en el trabajo cotidiano. A la vecina del quinto piso le sonreiré cuando me cruce con ella en la escalera y le diré lo bonito que es el vestido que luce, y haré un rato de compañía al vecino solitario del cuarto segunda, escuchando pacientemente, por enésima vez, sus «batallitas», o jugaré una partida de cartas con él, fingiendo no darme cuenta si hace trampas como de costumbre. También pediré perdón a algún amigo por no haber sabido ayudarlo a tiempo cuando lo necesitaba y trataré de hacer las paces, si aun estoy a tiempo, con alguien a quien haya podido ofender.

Finalmente, mostraré mi agradecimiento, una vez más, a familiares, amigos, maestros y vecinos, por la estima recibida. Y, sobre todo, daré, ahora y aquí, gracias a Dios por la vida que me ha concedido vivir.

El hogar humano

Poema del obispo claretiano catalán Pere Casaldàliga

*Es tarde,
pero es nuestra hora.*

*Es tarde,
pero es todo el tiempo
de que disponemos
para construir el futuro.*

*Es tarde,
pero somos nosotros
esta hora tardía*

*Es tarde,
pero es el alba
si lo pedimos con fe.*

Un irresponsable avergonzado

¡Ah, naturaleza, si pudieses escuchar y comprenderme! Lo que haría, ante todo, sería pedirte perdón por la agresión tan cruel e irresponsable que has tenido que soportar por parte de los humanos. No hemos tenido ningún tipo de escrúpulo en abusar de tu generosidad, a pesar de ser, como eres, nuestro hogar. En lugar de amarte y protegerte, hemos envenenado el aire que respiramos y la tierra y el mar que nos alimentan. Te hemos faltado al respeto más elemental. No nos hemos dejado seducir por el misterio de la creación, ni nos hemos percatado del abismo que estábamos bordeando.

Nuestro pecado no ha sido solamente contra Dios, sino también un crimen hacia todos los habitantes del planeta, especialmente los más desvalidos, la subsistencia de los cuales, dependía en gran medida de las reservas naturales, la agricultura y la pesca, arrojándolos a una emigración como único recurso para huir de la miseria. El drama humano que todo ello ha representado ha sido realmente horrible. Ahora, ya tanto da. ¿De qué serviría lamentarse o intentar un cambio radical de actitud, con el poco tiempo que resta para que todo se acabe? ¿Alguien me lo puede decir?

Un ecologista perseverante

Hace ya mucho tiempo que he dejado de adquirir todo tipo de objetos de los llamados «de un solo uso»; he reciclado todo lo que me ha sido posible y he intentado no usar envoltorios plásticos. He sido moderado en la utilización de energía eléctrica y agua. Muy raramente he tenido que tirar alimentos caducados y siempre he andado cuando podía evitar un transporte contaminante. Pero, a pesar de mi comportamiento y el de aquéllos que como yo han sido responsables con el medio ambiente, colaborando para que el mundo fuese un poco mejor, tengo la sensación de que hemos hecho el primo.

En más de una ocasión he escuchado comentarios burlones tales como: «no hay para tanto» o «no vendrá de aquí». El meteorito, a buen seguro que va a encontrar un planeta hecho un desastre, y no hará distinción alguna entre las personas respetuosas y las poco o nada consideradas. Así y todo, durante el poco espacio de tiempo que nos resta, pienso seguir respetando este mundo. Y si en algún momento desfallezco, recordaré las palabras que pronunció Luther King: *Si supiese que el mundo se acaba mañana yo, todavía hoy, plantaría un árbol.*

Dios está en todas partes

De la sabiduría popular

A un sabio famoso, cuando aún era un niño, un rabino le dijo:

– Si me dices dónde está Dios, te daré un florín.

Y el niño le respondió:

– Pues si usted me dice dónde no está, le daré dos.

Un astronauta

¡Qué sensación de pequeñez se experimenta, entre millones de cuerpos celestes, al contemplar desde esta nave espacial la minúscula esfera blanca y azul, cuna de luchas, pasiones, gozo y desengaños que es la Tierra! Qué fácil que resulta, desde aquí arriba, sentirse más cerca de Dios y observar su obra, por incomprensibles que sean tanto Dios como su obra, porque a Dios no se le puede entender, sino sentirlo –más allá de toda galaxia– dentro de nuestro corazón y en todo lugar donde haya vida.

Allá abajo, la Tierra está a punto de ser destruida. Cuando regrese a casa voy a encontrar un mundo hecho añicos a causa del impacto inevitable de un meteorito de procedencia desconocida. Entonces lamentaré haber conseguido ir y volver de la Luna, descubrir estrellas inmensamente lejanas, y no haber sido capaz de visitar a un vecino cercano, necesitado de ayuda o consuelo. Hemos conquistado el espacio exterior y nos hemos olvidado del interior. Ojalá Dios no nos lo tenga en cuenta, porque ahora ya no hay tiempo para rectificar.

Yo seré el último ser humano en desaparecer de este planeta, aparentemente tan lejano, para unirme en cuerpo y alma al Creador.

Un entomólogo

Yo soy entomólogo, es decir, estudio todo lo referente a los insectos: su historia, su comportamiento, así como su utilidad o perjuicio para los humanos.

Los insectos constituyen aproximadamente entre el 70 y el 90% de los seres vivos conocidos. En cuanto a su antigüedad, los primeros que aparecieron en la Tierra lo hicieron hace casi quinientos millones de años (no olvidemos que el *homo sapiens* hace tan solo unos 315.000). Su comportamiento es extremadamente variado –como las personas– y su utilidad también depende mucho de cada especie.

Son imprescindibles para las funciones que llevan a cabo en los ecosistemas como, por ejemplo, en la polinización de las plantas o en la eliminación de parásitos perjudiciales, en sustitución de los peligrosos plaguicidas. De todas formas, todos, como los humanos, una vez recién nacidos, crecen, se reproducen y mueren. «Solo» existe una diferencia: la especie humana es consciente de este proceso. Dios nos ha dotado de alma y somos capaces de prever el futuro, como el que nos espera dentro de siete días, y obrar en consecuencia.

El último adiós

Del Evangelio según Mateo (Mt 4,23-24)

Jesús recorría toda Galilea enseñando en las sinagogas judías. Anunciaba la buena noticia del Reino y curaba toda clase de enfermedades y dolencias de la gente. Su fama se extendió por toda Siria, y le traían a todos los que padecían algún mal: a los que sufrían diferentes enfermedades y dolores, y también a endemoniados, lunáticos y paralíticos. Y Jesús los curaba.

Un enfermo (casi) terminal

Con problemas de alopecia, dentales, de hipoacusia y ópticos, es decir, siendo calvo, desdentado, sordo y miope y, por consiguiente, usuario de peluca y dentadura postiza, audífonos y lentes, si seguimos haciendo recuento, vamos a encontrar una notable colección de dolencias que se han ido acumulando a lo largo de los años. Y lo que todavía se añadiría, si no fuese porque dentro de siete días todo habrá terminado. La vida y la vejez, sin duda alguna, son un regalo de Dios. No obstante, hay ocasiones, según para quién, que parecen un regalo envenenado.

Gracias a Dios que esto se acaba. Pronto dejaré de ser un estorbo para mi familia y yo ya no sufriré más. Años atrás sentía un escalofrío cuando oía hablar de la eutanasia y no comprendía como alguien pudiese desear la muerte. Ahora cada vez lo entiendo mejor. A buen seguro que no faltará quien dé la bienvenida al meteorito. Lo que no he logrado comprender nunca es el sentido del sufrimiento, porque estoy convencido que a Dios no le place el dolor humano, sino todo lo contrario. Y Jesús, que sanó a multitud de enfermos, él mismo, en la cruz, clamó al cielo, interpelando al Padre: *Elí, Elí, ¿lemà sabactani?*, que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Un médico objetor de conciencia

Cuando me licencié como médico, uno de los primeros compromisos que acepté fue respetar el juramento hipocrático, cuyo contenido, aunque sea estrictamente con carácter ético, obliga a todo médico en la práctica de su profesión a actuar siempre en beneficio del enfermo. Un fragmento del texto original dice literalmente: *No administraré nunca a nadie ningún medicamento mortal, por mucho que se me solicite.*

Cada país establece por ley los límites en la aplicación de la eutanasia. Pero, ¿cuáles han sido los límites de mi conciencia respecto a este tema? Pues debo decir que creo que todas las personas tienen derecho a la dignidad que Dios les ha conferido desde el nacimiento hasta el último aliento, y que la ciencia ha puesto en las manos de los profesionales de la salud un repertorio muy amplio de medios para luchar contra el dolor de los enfermos. Por consiguiente, no estoy a favor de la eutanasia porque, incluso faltando solamente una semana para que todo termine, nadie puede jugar a ser Dios. No obstante..., no criticaré ni juzgaré nunca a ningún enfermo terminal, víctima de un gran sufrimiento, sin remedio, que opine de forma distinta. Dios sabe qué hay dentro del corazón y la conciencia de cada uno de nosotros.

Entre la vida y la muerte

Relato de la tradición mística oriental

Hace mucho tiempo, un europeo que buscaba la iluminación viajó a la India, donde habitaba un gurú muy famoso, al objeto de pedirle consejo y guía.

Tras no pocas dificultades, por fin consiguió localizar al maestro espiritual y hablar con él. Cuando lo tuvo ante sí, quedó sorprendido al ver la extrema austeridad del lugar en que vivía aquel sabio: una minúscula habitación, una alfombrilla, un libro y una banqueta.

Sin poderse contener le preguntó:

- Maestro, ¿dónde están vuestros muebles?*
- Y los vuestros, ¿dónde están?, replicó el sabio.*
- ¿Mis muebles?, ¿dónde queréis que estén si yo aquí solo soy un visitante que está de paso?*
- Pues, ni más ni menos, como yo.*

Una partera

A pesar de que las futuras madres cada vez prefieren más ser atendidas en centros de salud y hospitales en lugar del propio domicilio, las parteras seguimos atendiendo a las mujeres embarazadas antes, durante y después del parto, juntamente con el personal médico pertinente. Nuestra labor, reconocida internacionalmente en todos los sistemas sanitarios, además de la atención física a los recién nacidos, requiere una sensibilidad especial para gestionar con discreción y sentido de la responsabilidad las posibles situaciones emocionalmente exigentes que puedan surgir con la madre o sus familiares.

Durante el ejercicio de mi profesión, en cada parto, me he sentido como quien da la bienvenida a un nuevo ser humano. Con toda la modestia del mundo me ha parecido que, juntamente con la madre de la criatura, colaboraba con Dios, ayudando para que tuviese lugar el principio de una nueva vida. Puedo afirmar que nada me ha hecho más feliz.

¿Qué sentido tiene ahora, por lo tanto, asistir una semana más a un nuevo nacimiento? Pues creo que, efectivamente, vale la pena. Aunque solo sea por respeto a la vida.

Una tanatopractor

Mi labor –lo puntualizo para conocimiento de quien lo ignore o tenga dudas al respecto– consiste en preparar el físico de las personas difuntas antes de ser sepultadas o incineradas, a fin de que sus familiares y amigos guarden un recuerdo del finado lo menos triste posible. En otras palabras, trato de conseguir que su semblante refleje naturalidad y paz, lo cual suele ser un consuelo para los seres queridos, que incluso, a veces, me solicitan que resalte algún trazo determinado de la persona fallecida. De algún modo siento que estoy preparando a alguien para despedirse de este mundo. Los egipcios, en tiempo de los faraones, dirían que para estar «presentables» en su viaje al más allá.

A lo largo de mi experiencia profesional he maquillado numerosos cadáveres y siempre he actuado con esmero, pensando que era un acto de caridad infundir serenidad en el rostro del difunto. ¡Qué lección de humildad ha significado para mí contemplar aquel cuerpo sin vida e imaginar su paso por este mundo! ¿Qué sentido habrá tenido para él la aventura humana? Y ahora, ¿tiene algún sentido embellecer una semana más a algún fallecido? No sé cómo expresarlo, pero creo que, efectivamente, vale la pena, aunque solo sea durante siete días más, por respeto a la muerte.

El gozo de la esperanza

***Fragmento del libro La muerte: una aurora
d'Elisabeth Kübler-Ross***

Los niños y los adultos nos hablan de la presencia de seres que les rodean, les guían y les ayudan en el momento de su salida del cuerpo. Los niños pequeños los nombran, a menudo, «compañeros de viaje». Las iglesias les han dado el nombre de «ángeles de la guarda», mientras que la mayoría de los investigadores los definen como «guías espirituales». Carece de importancia la designación que se les otorgue, pero es importante saber que cada ser humano, desde su primer aliento hasta la transición que pone fin a su existencia en este mundo, está rodeado de guías espirituales y ángeles de la guarda que lo esperan y lo ayudan en el momento del paso al más allá. Siempre somos recibidos por aquéllos que nos precedieron en la muerte, aquéllos a quienes más amamos y que murieron antes que nosotros. Si tuviésemos ojos para verlo nos daríamos cuenta de que nunca estamos solos, sino rodeados de entidades que nos guían, que nos aman y que nos protegen. Intentan guiarnos y ayudarnos para que nos mantengamos en el buen camino para cumplir nuestro destino.

Uno con mentalidad analítica

He aquí que tras las dos grandes preguntas: ¿de dónde venimos?, ¿y para qué hemos venido?, surge la tercera y más inquietante: y, después, ¿qué?

De todos es bien conocido el destino final del cuerpo. En cuanto al alma, en mi opinión, solo existen tres posibilidades: la nada tras la muerte, es decir, la destrucción absoluta de la conciencia, con lo cual toda vida, por prolongada que fuese, equivaldría a una inexistencia prematura; en segundo lugar, la transformación del alma en una entidad consciente e independiente y, como última posibilidad, la unión eterna con el Creador, como una gota de agua de lluvia que cae al mar y se convierte en Mar.

No deja de ser curioso que nadie conozca qué hay tras la muerte y –poco o mucho– todos la teman. De todos modos, aquél que no tenga ninguna duda sobre lo que nos espera en el futuro, o es un santo o es un ingenuo, porque pretender saberlo absolutamente todo es como tratar de entender la naturaleza de Dios, y esto, aparte de ser una gran falta de humildad, es completamente imposible para la inteligencia humana. Seguramente que, cuando llegue el último instante y la Luz ilumine la oscuridad de nuestra vida, habrá más de una sorpresa.

Un cielo abierto para todos

Somos como un minúsculo destello que huye de una hoguera por un espacio de tiempo muy breve, para volvernos a integrar en ella al cabo de poco. Y cuando llegue ese instante, seremos conscientes que se trata de una experiencia que se produce en otra dimensión, y que nos mostrará a todas luces que el cuerpo físico solo es un envoltorio que contiene el verdadero «yo» inmortal.

Llegamos a este mundo llorando y en la más absoluta soledad. Ojalá podamos irnos –sea cual sea el lugar donde nos encontremos– estando al lado de nuestros seres queridos y, como dice Kübler-Ross, felizmente acompañados por los que nos precedieron y también nos amaron, así como por nuestros guías espirituales o ángeles de la guarda, con la esperanza de que el gozo del más allá será infinitamente mayor que el sufrimiento de la agonía.

EPÍLOGO

A lo largo de los relatos precedentes hemos conocido una serie de personajes imaginarios cuyas reacciones ante un cataclismo inevitable, aun siendo absolutamente inventadas, no dejan de ser posibles en la vida real. Unos, como por ejemplo el anciano, manifiestan desencanto y se lamentan por el tiempo desaprovechado; otros manifiestan conformidad y serenidad, como el payaso; los hay que más bien desvarían como el militar absurdo, el estafador insensato o el inspector de Hacienda; o suplican piedad y perdón, como la prostituta.

Algún sabio ha dicho que es bueno vivir como si fuésemos inmortales, pero que hay que pensar y obrar como si nos hubiésemos de morir mañana mismo, olvidando, quizás, que cada día es como si nos muriésemos un poco.

Por inquietante que sea recordarlo, y por mucho que lo intentemos ignorar, cada uno de nosotros tiene su meteorito predestinado que se aproxima

irremisiblemente, y que tarde o temprano saldrá a nuestro encuentro, aunque desconozcamos el día y la hora del impacto. Así, pues, ante esta certeza, que tanto puede provocar temor como enojo, desesperación o esperanza, ¿cuál es hoy la nuestra, de reacción?

No dudes en divulgar el contenido de este libro, si crees que ello puede ayudar a alguien. También puede accederse gratuitamente a su texto a través del web

www.imacxiom.com

Versión en catalán: www.andreumoixcami.cat

Del mismo modo pueden obtenerse todos los libros publicados anteriormente dentro de esta colección:

- Dios, ese desconocido (Un testimonio de fe)
 - El más allá, ese desconocido (El gozo de la esperanza)
 - La caridad, esa desconocida (Eclosión de amor)
 - La paz, esa desconocida (¿Una utopía?)
 - La Virgen María, esa desconocida (Un intento de aproximación a la santidad de la Virgen María)
 - Dios en las pequeñas cosas (A modo de juego para profundizar en la espiritualidad)
 - Cartas abiertas (Pensamientos de un cristiano)
- Continua →

- El sufrimiento, ese desconocido (Reflexiones sobre las causas del dolor y propuestas para humanizar el trato con los enfermos)
- La plegaria, esa desconocida (Sugerencias de actitud para orar mejor)
- El ángel perplejo (Observaciones a la luz del Evangelio)
- El regreso del ángel (41 Retazos de esperanza)
- Ciencia y fe: ¿un divorcio inevitable, o un matrimonio bien avenido?
- Virus (¿Y qué opina la Covid-19?)
- La silla mágica

